

El arte de escribir, la pasión por vivir

PEDRO PANIAGUA

Octavio AGUILERA, *El proceso creativo*. Fragua, Madrid, 1998, 108 páginas.

Octavio Aguilera analiza las claves de algo tan indefinible como es el proceso interno mediante el que se crea una obra literaria.

Sin duda siempre es de agradecer que alguien se pregunte cómo funciona el proceso que nos lleva a convertir ideas, sentimientos, sueños, intuiciones, obsesiones... en líneas escritas en un papel. Y es más de agradecer si ese alguien, además, escribe el resultado de sus reflexiones de una manera clara, sin pretender elevarlas a teorías superiores, ni profundizar en vivencias íntimas demasiado personales.

Lo que hace Octavio Aguilera en el *El proceso creativo* es coger al toro por los cuernos, a ese toro intangible de la creación, y ofrecernos un texto breve del que se podría destacar, aparte de esa claridad ya reseñada, su sinceridad. Todo en este libro resulta nítido. Todo en él tiene esa transparencia sin la cual es imposible ver el fondo. Los conceptos se ofrecen desnudos, sin que esa desnudez implique desvalimiento, sino, muy al contrario, rotundidad, fuerza. Una fuerza que proviene de la propia conciencia, como no podía ser de otra forma, ya que en los niveles donde se mueve el proceso creativo no hay patrones y la conciencia se convierte en nuestra única guía. Y ese obrar en conciencia le lleva al autor a echar por tierra tópicos, lugares comunes, prejuicios y opiniones "políticamente correctas", aceptadas por inercia, indolencia, o, simplemente, porque

visten. Y nuestro autor, ya lo hemos dicho, no es precisamente amigo de los vestidos superfluos.

Octavio Aguilera parte de una idea seguramente tan antigua como la propia literatura: la creación literaria tiene su origen en la angustia, en el dolor. Sin que en ello haya que ver ningún signo de malditismo o de romanticismo. El dolor no proviene de la atracción por el mal, ni del amor no correspondido. Es mucho más simple: “La creación artística —dice— es el resultado íntimo de un conflicto de comunicación”. La angustia, por tanto, viene de la incapacidad, o al menos de la dificultad, consustancial a la persona, de comunicar el hecho artístico. Es la misma angustia que sintió —por citar un caso relativamente cercano— el Artista adolescente de Joyce, quien necesitaba desesperadamente “encontrar en el mundo real la imagen irreal que su alma contemplaba constantemente”. O la que sintió Cortázar, para quien la creación literaria era una especie de magia. Y “la magia —decía— es incomunicable, produce aislamiento y soledad”.

Aguilera, trazando un interesante paralelismo, compara la angustia individual a la hora de crear con la que sufren ciertos países en determinadas épocas difíciles, en las que, sin embargo, se da una rica y variada creación literaria. Cita como ejemplo dos períodos de nuestra historia: El 98 (cómo no) y El siglo de oro, ambos de “tantos problemas, tantos fracasos, tantas desesperanzas” y, a pesar de ello, los más fecundos de nuestra literatura.

Volviendo a la angustia individual, hay creadores —nos recuerda Aguilera citando a Haro Tecglen— en los que el dolor puede tener más de un origen: “tampoco está probado que sea mejor escribir que suicidarse y algunos escritores han llegado a las dos angustias”. Estas palabras nos llevan casi irremediamente a Larra, a quien nuestro autor también cita, para definir el sentimiento —“flor delicada que manosear es marchitar”— Y Larra nos lleva, también casi irremediamente, a ese terreno de nadie que hay entre la literatura y el periodismo y que Aguilera, como periodista, como escritor y como crítico literario, conoce bien. No en vano afirma, citando como ejemplo a Delibes y a García Márquez: “el arte de la novela muy a menudo se sustenta en el duro aprendizaje periodístico”.

Si el punto de partida de *El proceso creativo* —la angustia como motor de la creación— no es nuevo, tampoco constituye una verdad unánimemente aceptada hoy en día. Hace apenas unas semanas, Luis García Montero, uno de nuestros más laureados poetas, declaraba que su fuente de inspiración es la felicidad. Y seguro que no es el único que piensa así. A la poesía, de hoy y de cualquier época, se la suele asociar más con experiencias felices que con experiencias dolorosas. Pero Aguilera no busca el consenso. Ni en lo relativo a la angustia, ni en otros muchos aspectos que de una forma u otra tienen que ver con el proceso creativo.

Dentro de estos aspectos, los hay que tienen un carácter algo más práctico o tangible, dentro del ámbito etéreo en el que se desarrolla el tema en general. Estos aspectos tienen que ver con cierto ascetismo —“no tendrás costumbres caras”— que Aguilera toma de un decálogo para escritores de Stephen Vizinczey; con la paciencia —“no forzar la creación, trabajar pacientemente”—; o con el repaso de lo escrito —“escribir es seleccionar”— lo que nos recuerda la frase de Marcel Schwob, según la cual “hay que tener el valor estético de seleccionar”.

Aguilera se ocupa también de la defensa de la inteligencia, valor otra vez intangible y hoy devaluado en favor de otras cualidades quizá más visibles como el ingenio. Ya Juan Ramón Jiménez decía: “¿Hay nada, malabaristas de sesos huecos, que canse, que rebaje, que pase más que el ingenio?”. Ello no quiere decir que Aguilera no valore la imaginación, la intuición o la inspiración, cualidades todas ellas que considera esenciales en la creación literaria, siempre que vayan acompañadas de la que para él es la principal, el trabajo. “Quien considera inconciliable la pasión con el orden —podemos leer— ignora el meollo mismo del arte poético”.

Otros aspectos que se tratan en el libro y en los que seguramente nuestro autor volverá a encontrar a más de un detractor son, por ejemplo, los que se refieren a las mayorías y a la democracia, conceptos que en la actualidad son, no sólo políticamente correctos, sino prácticamente intocables. Pues bien, para Aguilera ni hay que escribir para las mayorías, ni es cierto que la libertad favorezca la creación literaria. Y cita la de Kadaré, y la de los autores españoles que escribieron durante el franquismo, como ejemplo reciente de obras importantes creadas bajo una dictadura. La censura —el deseo de burlarla— sería en los dos casos un estímulo más que una limitación.

Pero quizá la afirmación que resulte más polémica, al menos en nuestro país, sea la que se refiere al papel que juega la experiencia en la creación literaria. Para nuestro autor la experiencia no es necesaria. ¿Qué pensarán de él los representantes de la hoy tan en boga poesía de la experiencia? (De la que, por cierto, García Montero es uno de sus máximos cultivadores). Creemos que poco le importa a Octavio Aguilera lo que piensen. El es de los convencidos de que la verdad está en los libros, no en la vida.

Lo anterior, sin embargo, no supone una defensa de las torres de marfil, a las que deja en suspenso — “El eterno dilema. Del compromiso o no. De la torre de marfil o no”, dice—. Si no es necesaria la experiencia, menos lo es, en su opinión, el perfeccionismo estéril, o lo que es lo mismo: “la postura de quien se pasa la vida soñando maravillas que jamás empiezan”. Hay que aspirar a la perfección, pero sabiendo, como sabemos —dice Aguilera— que todo cuanto hacemos en el arte y en la vida en el fondo no es más que una copia imperfecta de lo que habíamos pensado hacer”, algo que ya dijo Pessoa. ¿No sería su desasosiego una forma de la angustia de crear?

Y si no nos sirve la vida propia, menos aún la de los demás, la de otros escritores. “En la mayoría de los casos —dice Aguilera— es algo que hay que olvidar cuando se quiere gozar de la obra”. Lo cual nos trae a la memoria las palabras de otro Octavio, Octavio Paz, que, tristemente, fallecía mientras escribíamos estas líneas. El, hablando de Sor Juana Inés, consiguió aunar como nadie vida, obra y creación: “La vida no explica enteramente la obra y la obra tampoco explica a la vida. Entre una y otra hay una zona vacía, una hendedura. Hay algo que está en la obra y que no está en la vida del autor; ese algo es lo que se llama creación o invención artística y literaria”.